

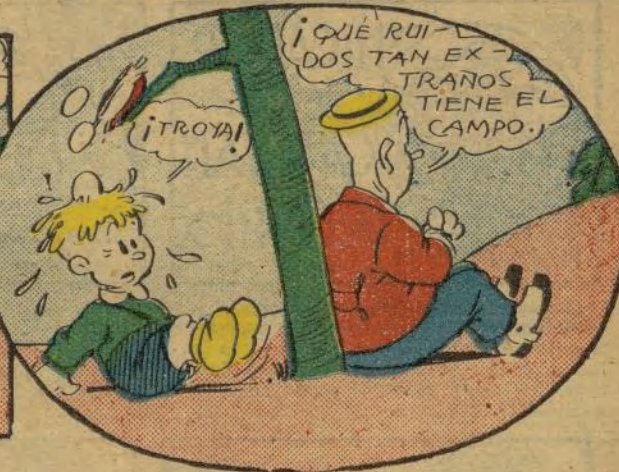
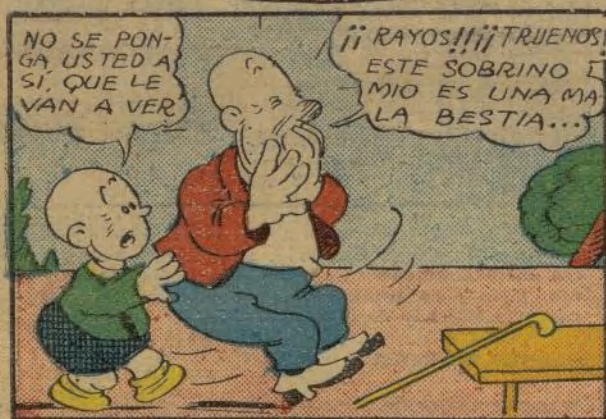
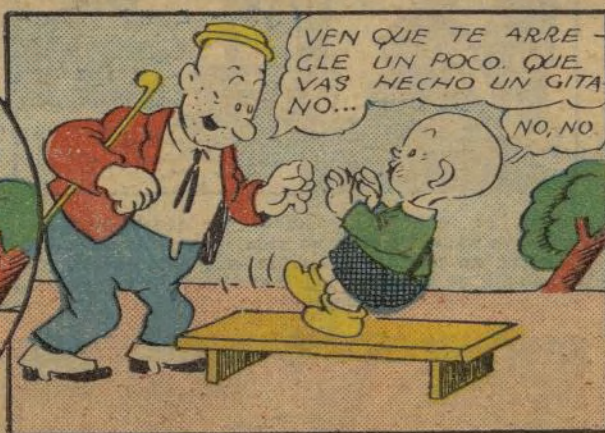


AÑO VI.—NUM. 317

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)
MADRID.—ALFONSO XI, 4.—APARTADO 466

10 de junio de 1935

D. PALMANDO Y SU SOBRINO, SALEN DE PASEO



Andanzas de Miguelín EN BUSCA DE FAMA Y FORTUNA

EL CAZADOR DE OSOS



—¿Esto algo, muchachos, a que no habéis visto en vuestra vida un oso tan grande como el que yo cace una vez?, estaba diciendo el negro Sambo a los trabajadores de la granja. —Bueno: y es que yo cazo los osos como vosotros podéis coger bellotas.



Miguelín no podía contener las carcajadas al oír al viejo cocinero de la granja del señor Bandall jactarse de su valor y pericia como cazador de osos. Y para curarle de sus bravatas, se le ocurrió gastar una graciosa jugarreta.



Se acercó calladamente a la casa, a consultar con Maruja su ingenioso plan, y le pidió permiso para usar por unos momentos la piel de oso que tenían como alfombra. —¡Con mucho gusto!, le respondió la muchacha. Yo misma te ayudaré a disfrazarte.



Disfrutando de antemano con el desenlace de la broma, Maruja colocó la piel de oso sobre Miguelín lo mejor que le fué posible. —Espero que Sambo no te trate demasiado duramente, le dijo riendo con ironía, al ver al muchacho disfrazado de bestia salvaje.



—¡Ja, ja! Dudo mucho, añadió, de que nuestro negro haya visto en toda su vida un oso de verdad! Miguelín no podía contener la risa mientras, cautelosamente, se acercaba hacia el viejo negrito, que seguía relatando sus aventuras con los osos.



—¡Sí, muchachos, iba diciendo Sambo. Aquel fué, sin duda, el oso más descomunal que se ha conocido nunca por estas regiones. Un verdadero monstruo, que, cuando se empuñaba, era más grande que una torre; con una cabezota así...



—Pero yo me acerqué a él, lo agarré por la cola, y el animal quedó reducido a la impotencia por sorpresa. —Bueno. Pues ahora tiene usted ocasión de hacer otro tanto, le dijo uno de los rancheros. —¡Eh! ¡Mire usted ahí detrás, Sambo!



El negro se volvió hacia atrás rápidamente, y se quedó muerto de miedo al ver que un osazo se lanzaba sobre él. En su azoramiento para huir, tropezó en la tina que había debajo de la bomba, y cayó dentro del agua, quedando como una sopa.



—¡Ja, ja, ja! ¿Por qué no lo ha agarrado usted por la cola, amigo Sambo?, le gritaron los vaqueiros entre risotadas. —Esta vez el cazador ha sido el oso, y la caza usted, le dijo Miguelín humorísticamente saliendo de debajo de la piel.

El jueves que viene publicaremos la gran proeza de Miguelín: "El puente cortado".



Nicanor y su rechoncho capitán emprenden un viaje marítimo en busca de aventuras, convencidos de que las hallarán y en todas sabrán valerse de su ingenio como camino para llegar al éxito.



—He aquí una isla, en la que seguramente nos ocurrirá algo notable, Nicanor. —De acuerdo, don Pío; desembarquemos, pues, contestó Nicanor. Y uniendo a la palabra la acción...



...pusieron pie en tierra firme sin olvidarse de la cesta de la merienda y del trabuco. Pero al pasar por debajo de un árbol, don Pío sintió que de la cabeza desaparecía su hermosa gorra, y lleno de...



...pánico lanzó un "¡Oh!!" tan perfecto que Nicanor, a pesar de ser un valiente, no pudo contener un respingo de miedo, a consecuencia del cual se le disparó el trabuco. El mono que se había...



...apoderado de la gorra del capitán vino a caer sobre éste, dejándole atontado. Cuando Nicanor volvió el bello rostro, se encontró al mono, que en apariencia parecía don Pío, dando órdenes de comer.



Al marinerito le pareció de perlas la idea, y acto seguido comenzó a sacar de la cesta las sabrosas provisiones, que su apetito y la voracidad del mono hicieron desaparecer rápidamente.



Y cuando no quedaban ni las migas, el capitán volvió en sí y lanzó al mono a la nariz de Nicanor. —Vaya un mico que me he llevado, dijo éste al darse cuenta del planchazo.



—Ven acá, ladronazo, que me las vas a pagar, gritaba don Pío enarbolando el trabuco. Y Nicanor, en su huida, rogaba: —¡No me mate ahora, capitán, que se me va a cortar la digestión!



Resumen de lo publicado.—Martin es un huérfano, empleado en la posada de "Las dos llaves", cercana al "Castillo de los misterios". Cierta día llevan a la posada a una niña secuestrada, y al tratar de auxiliarla, ve al posadero y al capitán Morgan entrar por una puerta secreta. Les sigue y entra en un subterráneo, donde tras una puerta oye voces.



Con el corazón agitado abrió cautelosamente algunos centímetros la pesada puerta, y descubrió otra habitación abovedada, donde siete hombres, con indumentos marinos, se hallaban conferenciando alrededor de una mesa. ¿Serían acaso los contrabandistas de que había hablado Morgan?



Estaba haciéndose mentalmente esta pregunta cuando vio que se abría otra puerta situada al extremo opuesto de la estancia, y que en ella aparecía una persona vestida con una larga túnica negra, y oculta su cara en una capucha. Todos los que estaban sentados se pusieron de pie.



Temiendo Martin que alguno de los reunidos en la sala pudiera descubrirle, se apresuró a retirarse de la puerta. "Será mejor que me retire mientras puedo hacerlo", se dijo. Si. Será lo más conveniente".



Pero no tuvo tiempo de cumplir su propósito. Había sido ya descubierto, y mientras él meditaba su retirada, uno de los marinos, enviado por el hombre de la capucha, había salido por la otra puerta, se le echó encima por la espalda y lo sujetó con brazo férreo.



Martin lanzó un chillido cuando sintió en su hombro la mano pesada de quien le había sorprendido. Luego se vio empujado al interior de la habitación tras de cuya puerta había estado observando momentos antes. Los reunidos se quedaron mirando a su prisionero con ojos llameantes de ira. "¡Bah! Es un chiquillo", exclamó uno de los presentes. Martin estaba atónito de lo que veía y oía.



Cuando quiso levantarse del suelo, otro de los presentes se acercó a él y le miró fijamente. Era su amo, Silas Snagge, el dueño de la posada de "Las dos llaves". "¿Cómo?", gruñó con voz aguda. ¡Es Martin, el chico que sirve en mi casa! ¡Y estaba espiándonos, compañeros!"



A una señal del encapuchado, dos de aquellos hombres sujetaron a Martin por los brazos y lo pusieron de pie. El de la túnica negra se plantó delante de él. "¿Sabes lo que vamos a hacer contigo por haber estado espiándonos?", preguntó mirando fieramente por los agujeros de su capucha.



Martin no respondió. Uno de aquellos jayanes agarró a Martin y se lo llevó dándole violentos empujones. Pero en aquel preciso momento otro de los presentes lanzó un banquillo contra la lámpara de aceite que iluminaba la estancia. Fué el hombre del gancho, el capitán Morgan.

¿Por qué el capitán Morgan obró de manera tan extraña? Lo sabréis si leéis el próximo jueves JEROMÍN.

"LA CALUMNIA Y LA ENVIDIA"

Fritz y Moritz eran dos mercaderes que hacían en comandita sus negocios. Ambos vivían en la misma población y ambos eran personas influyentes en la capital. La gente de aquella villa era envidiosa y amiga de la murmuración,

se reprochaban uno al otro, aceptando con resignación su destino.

Caminaban muy tristes y apesadumbrados, y aun más les atormentaba la desgracia, porque estaban seguros de que sus convecinos celebrarían la desdicha que les afligía, alegrándose de su mala fortuna.

Al llegar al poblado se despidieron, y Moritz, que estaba decidido a burlar las malas lenguas, así que

llegó a su palacio mandó iluminar todas las estancias, contrató varias orquestas de músicos callejeros, convidó a sus amigos con un soberbio banquete y mandó que todos los pobres de veinte kilómetros a la redonda fueran obsequiados con una espléndida comida. Luego hizo correr la voz de que había hecho un maravilloso negocio que acrecentaba sus caudales en el doble de lo que poseía.

Sus convecinos le visitaron haciendo grandes zalemas y ofreciéndole su amistad y la participación en sus negocios.

Un mes después, los dos mercaderes salieron nuevamente a probar fortuna, y esta vez el negocio realizado por ambos fué realmente tan magnífico, que no sólo les resarcía de las pérdidas anteriores, sino que aumentó sus caudales considerablemente.

Como de costumbre, se despidieron los mercaderes a la entrada del poblado, y Moritz, marchando directamente a su palacio, hizo cerrar todas las ventanas, mandó apagar todas las luces, vistió a la servidumbre de luto, e hizo colgar crespones negros en ventanas y balcones. Luego hizo correr el rumor de haberse arruinado en un mal negocio, y experimentó el placer de oír a todos sus convecinos compadecerle insidiosamente con frases despectivas: "Pobrecillo; siempre fué un cero para los negocios, y le tenía que ocurrir". "Lástima me da de él"... Y así por el estilo.

Moritz desde su palacio les oía, disfrutando lo indecible. Al día siguiente le visitó Fritz seriamente alarmado, y le dijo arrojándose en sus brazos: "He oído, mi querido amigo, la noticia de tu ruina, y me extraña sobremanera que en una sola noche hayas perdido tan gran fortuna como ayer ganamos. Todo el pueblo te critica y calumnia, compadeciéndote, y yo vengo a ofrecerte la mitad de mi hacienda para salvarte".

Moritz abrazó conmovido al buen amigo, y le expuso que todo era una treta: "Cuando hice el mal negocio, acuérdate

que fingí lo contrario. De esta manera todos creyeron en mi suerte y sufrieron horriblemente envidiando mi fortuna. Así ellos padecieron igual que yo. Hoy yo estoy contento y quiero que ellos lo estén también. Si supieran la verdad, les mordería la envidia. Como creen que estoy arruinado, se alegran lo indecible...

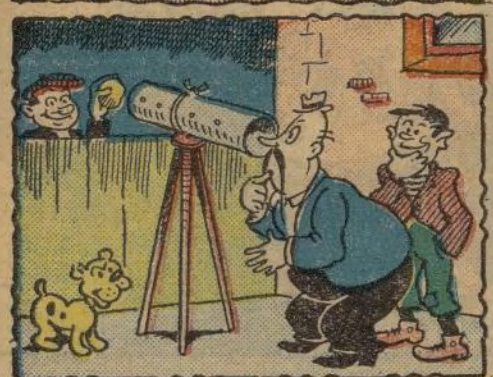


De esta manera he conseguido que siempre piensen igual que yo, y que siempre estén alegres o tristes cuando yo lo estoy".

Así habló el despejado Moritz, y tanto él como Fritz iluminaron en lo sucesivo sus balcones al aquejarles una desgracia, y colgaron crespones de luto al disfrutar una alegría.

Por fortuna para ellos, fueron más las veces que en sus ventanas se colgaron los negros crespones.

DON SEVERO AVENTURERO



Los chicos del barrio habían fabricado un telescopio más falso que un duro de celuloide, y explotaban a



los incautos que pretendían ver las estrellas. Don Simplón, que toda su vida había sido más infeliz que un



botijo, picó el engaño como un Pablo Romero, con tan mala pata, además, que un proyectil lanzado a través del



telescopio le dejó como para que lo recogieran los de la Cruz Roja. Y lo peor es que tuvo que pagar, no pudo negar que había visto las estrellas.

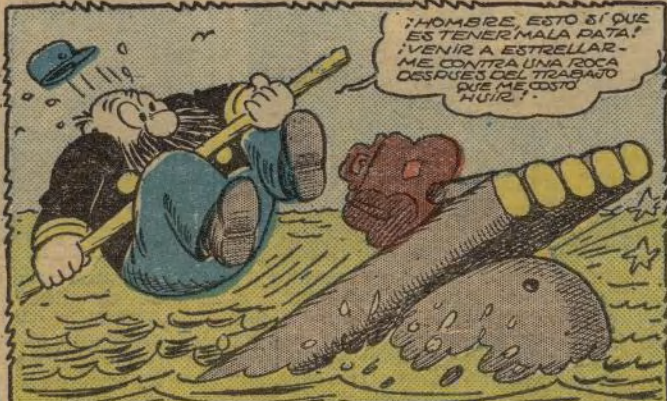


«Aquella fiera con patas de Ceporrito había jurado hacerse una pellica con la piel de Kilómetro y de Laura, y les perseguía sañudamente.

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



El capitán aprovechó el primer descuido de mama Tecla, y como el ansia viajera le mordía el alma como muerde la lima al arroz con leche, el capitán escapó, murmurando entre colmillos su frase predilecta: "Soy un fugitivo."



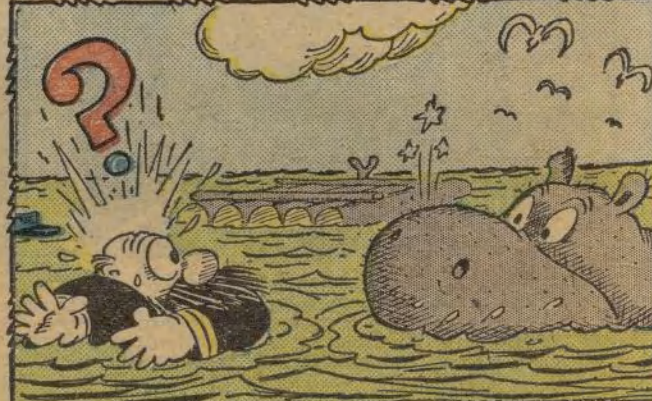
Y de pronto, ¡maldición y mano al dije! La balsa tropezó en un cuerpo duro como un Amadeo, y el capitán fué despedido de la balsa igual que un cohete. "Reembalsamiento rugió, ¿pero esto es una balsa o un tobogán?"



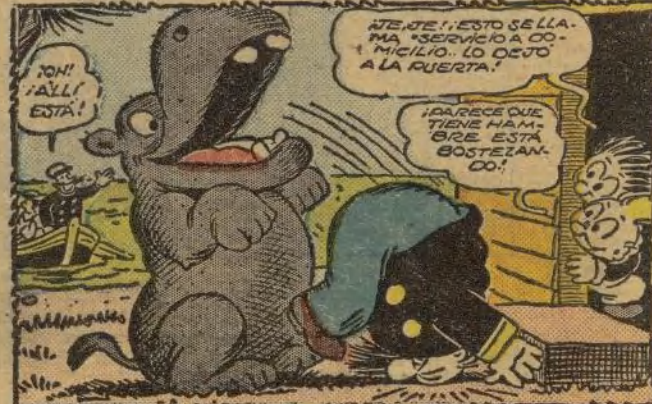
Los pilluelos, por si acaso al monstruo marino le daba por echarlos el guante también a ellos, le dieron marcha a las tabas, emprendiendo una fuga que parecía que iban a apagar un fuego, en tanto que el hipopótamo les seguía sin abandonar su presa.



En la orilla del mar había una barca construida por los pilluelos, que pensaban batir con ella el "record" de velocidad en barcos movidos a brazo. "Montaré en esta balsa, y voy que chuto!" pensó el capitán retorciéndose un tobillo.



Pero, si, si. Menudo tobogán tenía ante su periscopio nasal. De las aguas había emergido un hipopótamo de tamaño natural y con una cara como para desmayarse contemplándole diez minutos seguidos con los ojos bizcos.

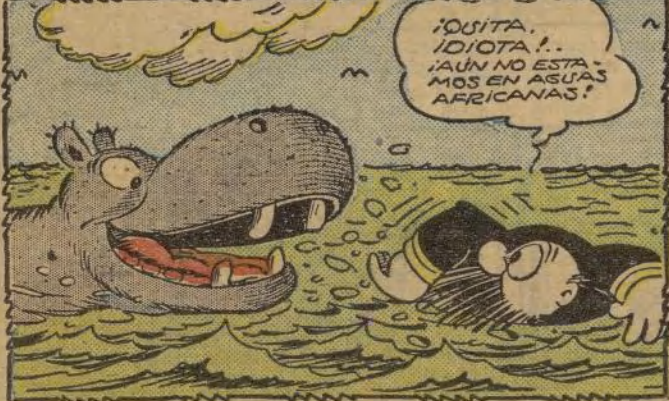


Los pilluelos comprendieron que aquél debía de ser un hipopótamo amaestrado para cazar fugitivos que pretendían huir al Africa, porque, con una fura que hubiera envidiado un municipal, dejó caer blandamente al preso a la puerta de la casa.

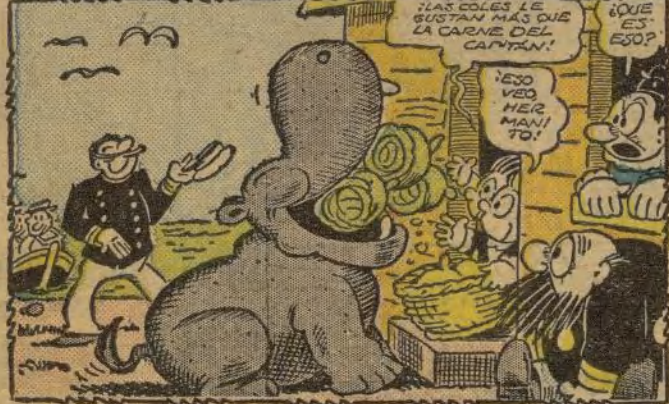
TARUGO Y PERDIGÓN



Pero los pilluelos, que estaban asomados a la "fenetre", avizoraron la fuga de aquel alma viajera, que se había propuesto huir al Africa o romperse la tercera costilla en el empeño, que era un empeño un papeleta vencida.



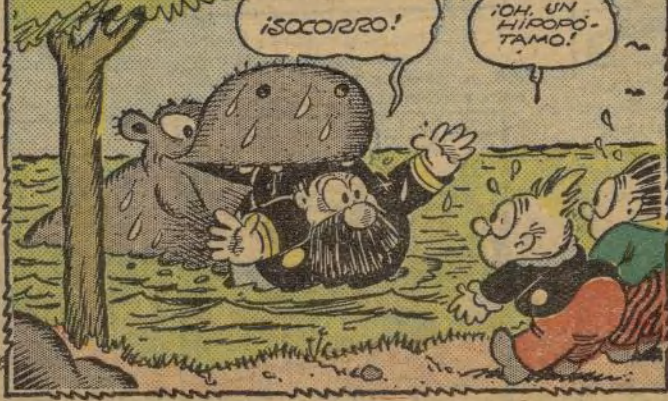
El capitán comprendió que allí se imponía una retirada heroica, so pena de que el bicho le estropeara el físico. Pero el hipopótamo marino no parecía dispuesto a dejar su presa, y se lió a braccar en pos de Terre-Moto.



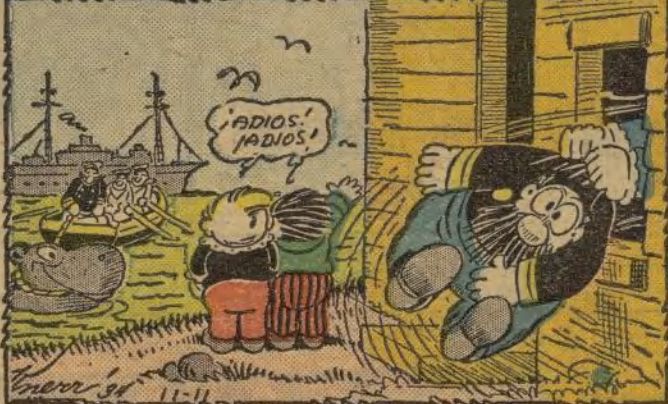
Y cuando todos, extrañadísimos, no sabían cómo explicarse aquel caso raro, apareció en la playa un elegante marino, que dijo, descubriéndose: "No se asusten; es Pacito, el hipopótamo del Circo Marino, que se nos había escapado del barco."



El capitán impulsaba la barca con un entusiasmo, que si lo emplea en un concurso, le dan diploma, y cantaba a voz en grito: "Oh, qué placer el viajar, larán, larán! ¡Oh, qué placer ser libre como un tren, lerén, lerén, qué bien, qué bien!"



Y segundos después el extraño hipo, etc., embarrancaba en la playa, llevando al capitán cogidito entre los dientes como si fuera un paquete que se hubiese dejado olvidado una dama en una camisería. Los pilluelos quedaron asombradísimos.



Y mientras los pilluelos despedían a Pacito, del cual ya se habían hecho amiguísimos, una mano feroz arrebató al capitán por la ventana, mientras una voz rugía: "Con que al Africa, ¿eh?" Pobre capitán, pobre loco que soñó... Le iban a dar pocas.

TERESA NIÑA TRAVIESA



A Teresa le había regalado su maestra una preciosa pistola de aire comprimido. Teresa pensó dar un



susto terrible a Marinito, que era un charrán que siempre estaba haciendo malas faenas, y cuando Marinito ve-



nía pensando en lo deliciosas que son las castañas con natillas, vino a saltar y a caer entre ellos el "Andova," un

"caco" que venía huyendo de la "poli", y a quien Teresa, asustando con la pistola, detuvo heroicamente al miserable "Andova."

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



A Laura ya le faltaba el aliento y a Kilómetro se le estaba encogiendo el tubo digestivo; si algo no les salvaba, caerían prisioneros.



Ceporrito era mucho más animal que lo que se imaginaban en su pueblo, y se afilaba ya los colmillos viendo que iba a hincar el diente.



Pero un riachuelo se interpuso entre las agotadas fuerzas de nuestros amigos y los instantos matarifes de Ceporrito.

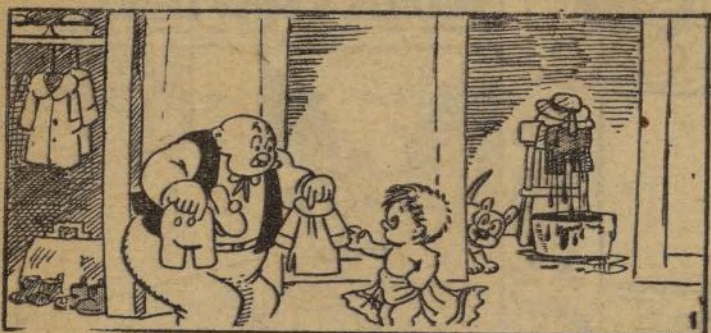


Viendo el chuchito fatal que el agua no tapaba a Kilómetro, pensó: "Si no le cubre a ese salchichón con patas, menos me cubrirá a mí..."



Y, ¡zas! Ceporrito se lanzó a la vorágine y bien pronto pudo comprender cómo le habían burlado y por qué las aguas no cubrían a Kilómetro.

★ DON SIMPLÓN Y DINAMITA ★



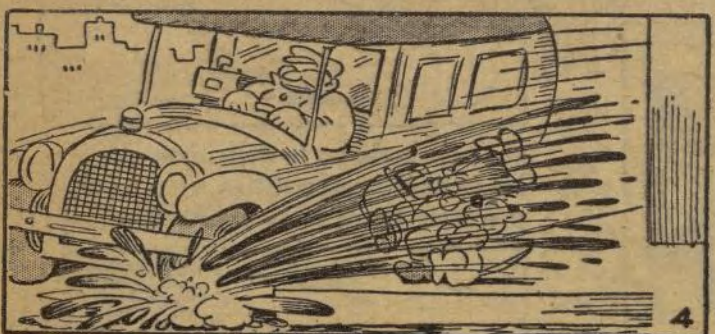
Don Simplón le dió al bestia del nene otro trajecito y le recomendó por su salud que no lo manchase. "Lescuile usté, que no lo mancho ni con polvones".



Don Simplón les encargó que trajesen de la tienda los comestibles, y partieron los dos camaradas dispuestos a no mancharse: "Adiós, don Simplón, y esté tranquilo, que no nos manchalemos".



"Espélate, 'Dinamita'; no nos vayan a echar multa por cluzal a destiempo. Estate quietecita, que vas que chutas, helmosa. ¿No sabes que han plhibido cluzal las cales.



Y de pronto, ¡maldición! Un autobús se sumergió en un charco y les puso a los angelitos igual que si les hubiesen revolcado en un cenagal: "¡Pobre trajecito nuevo!"



Y don Simplón estuvo a punto de suicidarse cuando vió aquel cuadro tenebroso ante su vista: "¡Pero qué es esto? ¡Rayos!" "Pos que nos han salpicado unas miajitas, don Simplón".

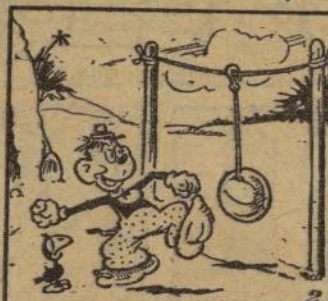


Y mientras el bestia del nene y "Dinamita" pensaban en su mala pata, don Simplón se decidió a lavar todos los trajecitos, pues de seguir comprándole vestidos, iban a la ruina en siete tomos.

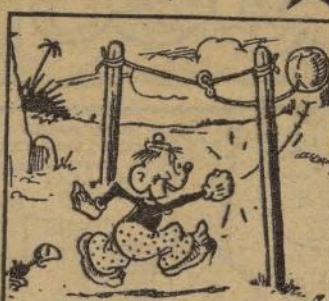
★ Mikito Boxeador ★



Don Elefantón era empresario del "Tortazo Club", y un día contrató a Mikito para un importante combate.



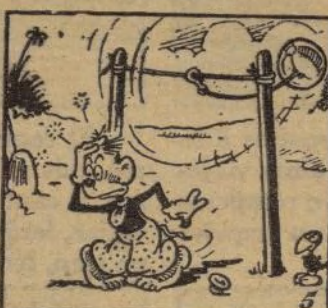
Pero Mikito no había boxeado nunca, por lo que decidió entrenarse bien, pues deseaba salir victorioso.



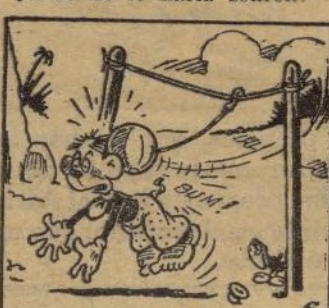
"Suponiendo que el balón fuese la cara de mi contrincante, decía Mikito, creo que este golpecito no le haría sonreír."



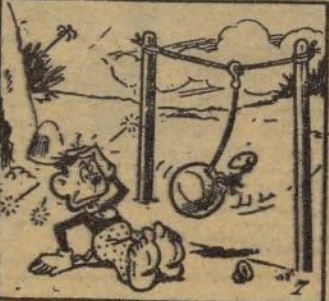
"¡Mi abuela paterna!, exclamó Mikito. Me juego las pintas del pantalón a que el balón me está estropeando el peinado".



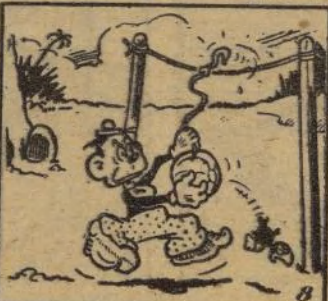
Y Mikito comenzó a ver lucitas blancas, y a sentir como si su cabeza se hubiese llenado de bullangueros grillos.



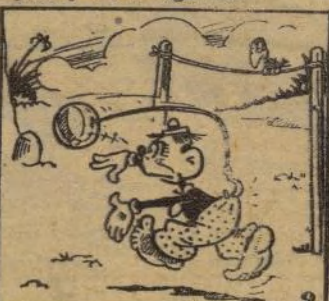
"¡Mi otra abuela, la materna! ¿Pero qué es esto? ¡El balóncito se propone tomarme el pelo y va a lograrlo!"



Y con el consiguiente aumento de lucitas y de grillos, vió Mikito cómo el balón seguía balanceándose burlonamente.



Levantóse furioso, descolgó el esférico, y le dedicó una mirada capaz de estremecer al Monasterio del Escorial.



"Vete donde no te vea más, balón infame", decía Mikito al mismo tiempo que lo arrojaba cuan lejos podía.



"¿Pero otra vez? ¡Ay, mis dos abuelitas juntas; pero qué legraciadito soy!", fueron las últimas palabras de Mikito.



A todo esto, acudían ya al "Tortazo Club", don Elefantón, Kikiriki, campeón de los "gallos", e Hipopótamez, árbitro.



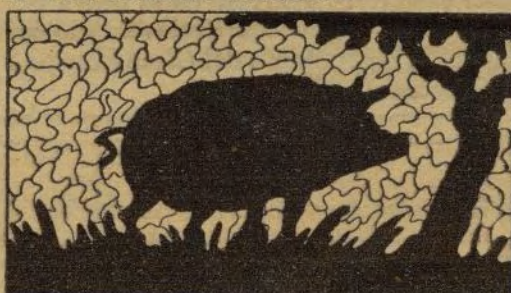
"Esto me huele a 'kk, kkk, a k. o.', dijo Kikiriki, que no acertaba a hablar de risa al ver a Mikito en ridículo.

★ PASATIEMPOS ★

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



Escribid las letras iniciales por el orden que indican los números, y vereis que la solución es Concepción.



Esto es lo que resulta al rellenar los espacios señalados con un punto.

¡LECTORES DE "JEROMIN"!

A partir de este número, el precio de vuestra revista JEROMIN—como el de todas las demás infantiles—será de 15 céntimos. La ley lo manda, y hemos de cumplirla.

Pero con este aumento de precio no os habéis de perjudicar en lo más mínimo. Por el contrario, saldréis beneficiados. Porque esos cinco céntimos que en lo sucesivo pagaréis de más los recibiréis en aumento y mejora de vuestra revista.

Desde dentro de muy pocos números, JEROMIN constará de doce grandes páginas; o sea, que aumentará su contenido en la misma proporción en que aumenta su precio.

Además de lo que actualmente os da, publicará JEROMIN magníficas historias de aventuras y emoción a toda página y a dos colores; grandes novelas de enorme interés y deliciosos cuentos, bellamente ilustrados.

Que nadie, pues, deje de comprar JEROMIN en lo sucesivo, por este aumento general de precios de los periódicos. Así lo esperamos, porque es racional, lógico. Además, los lectores de JEROMIN son buenos amigos de su revista, que no la abandonan ni la cambian tan fácilmente. Y JEROMIN es buen amigo de sus lectores, que sabe corresponder a su constancia y fidelidad.

Mil gracias, por consiguiente, a todos, y a todos dice JEROMIN: ¡HASTA EL PROXIMO NUMERO! ¡HASTA SIEMPRE!

Resumen de lo publicado.— El huérfano Antonio va de noche a avisar al propietario del circo Smith de una treta que le tienen preparada. Al regresar, se encuentra con su tutor, el cruel Bepo.

COMPANEROS DE CIRCO



"¿De dónde vienes?", le preguntó Bepo furioso, al verle. "¿Es que no puede salir un momento conmigo en ausencia de usted?", respondió una voz femenina. Volvió Antonio y vio a Estrella que se dirigía al irritable trapezista.



Antonio se conmovió de gratitud hacia la joven. Bepo miró airadamente a Estrella; pero no se atrevió a increparla porque era muy apreciada por el dueño del circo. Así fué que se contentó con ordenar a Antonio que regresase a su carro.



Antonio respiró tranquilamente y, sonriendo por su buena suerte, se dirigió hacia su carro. Pero momentos después llegaba también Bepo. "¡Prepárame la cena cuanto antes!", le dijo. Dentro de media hora volveré. A las diez tiene que estar dispuesta, ¿me oyes?"



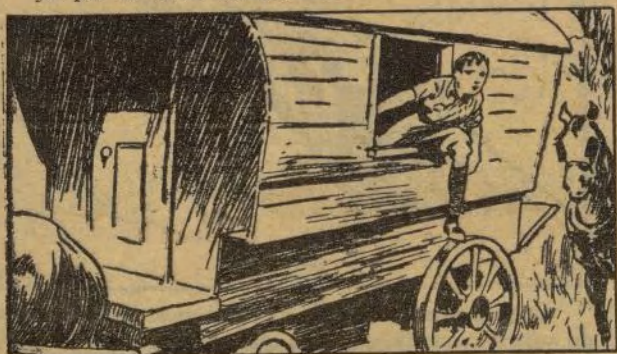
Cuando Bepo se alejó, Antonio comenzó a prepararle la refacción para ponerse luego a buscar el anillo de que hablaba la fotografía. Cuando acabó, el muchacho salió a observar a la puerta, y con gran sorpresa suya vio que estaba cerrada.



Al día siguiente, el circo Waldorf se puso en marcha para instalarse en un pueblo próximo, adelantándose al circo Smith. Pero al acercarse la caravana al campo al que se dirigía, lo halló ocupado ya por el circo competidor.



Waldorf y Bepo, que caminaban juntos, quedaron estupefactos. "¡Esto es obra de Antonio!", exclamó Bepo. ¡Me la va a pagar! ¡Ya lo sospeché anoche cuando le vi venir cansado de fuera del campamento!" Waldorf estaba lívido de rabia.

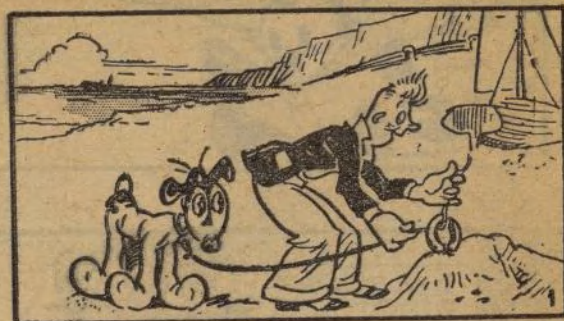


Desde la ventana de su carro, Antonio lo contempló todo, y conociendo el terrible temperamento del dueño del circo, buscó una salida para huir. Como la puerta estaba cerrada, el muchacho saltó por la ventana rápidamente.



Pero al hallarse ya a campo libre, tuvo la desgracia de ser visto por Bepo, quien echó a correr detrás de su pupilo. Antonio corría como un gamo; pero su tutor no le cedía en ligereza, y era de prever que pronto le daría alcance. (Continuará.)

EL PERRITO VAGABUNDO



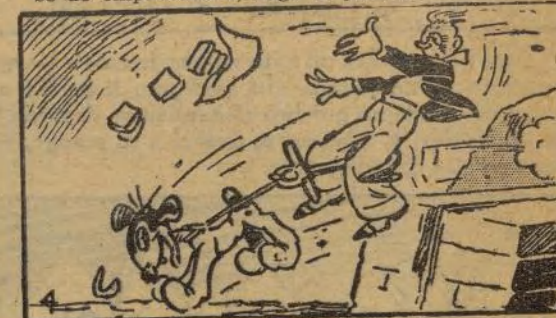
Esta vez el perrito Pernas ha caído en poder de un pollo idiota llamado Bernabé, que ató a nuestro perrito a una argolla.



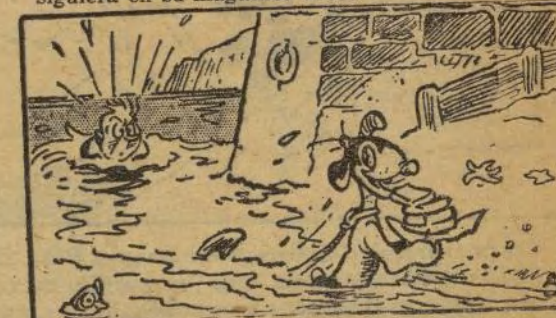
Y se marchó tranquilamente a pasear por la playa, dispuesto a terminar su paseito con una rica merienda. Pero lo que creyó una argolla era...



...un áncora, que el "Pernas" consiguió fácilmente arrastrar. Y cuando Bernabé empezaba a atracarse de emparedados, llegó el perrito.



Lanzóse el "Pernas" a todo "gas" por entre las piernas del sorprendido pollo, y le obligó a que le siguiera en su magnífico salto.



"Pernas" sonreía viendo en perspectiva un atracón. Efectivamente, ya en el agua, se apoderó de los emparedados y les "metió el diente", dejando a Bernabé con la miel en los labios.

CAIN Y ABEL CHICOS DE HOTEL



Cain tenía mucha envidia a Abel y continuamente le estaba jugando travesuras. Así, cuando le vio que tiraba un cubo de agua al estanque del jardín del Hotel, corrió a darle un baño.



Pero Abel terminó de vaciar el cubo antes de que llegara el malvado Cain, y le arrojó, con tan buena fortuna, que Cain fué encasquetarse en la cabeza del envidioso botones.



Como hasta ahora no se ha descubierto el medio de que un botones vea llevando la cabeza metida en un cubo, Cain fué derecho al estanque, sin tener tiempo de frenar.



Y Abel pudo reírse de Cain al verle en remojo, y hasta aprovechó la ocasión para darle el plena nariz con un casco. Para colmo de desdichas, el dueño del Hotel corría a "calentar a Cain."

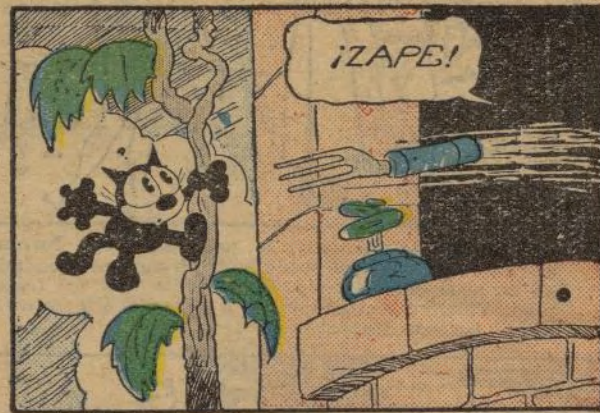
ANDANZAS DE GATO FELIX



Como buen planeador que era, Félix, al salir despedido gracias a la explosión de las mazorcas, aterrizó en un país que juzgó tranquilo, pues no turbaba la paz del campo ni el rugido del ruiseñor ni el dulce café del rinoceronte.



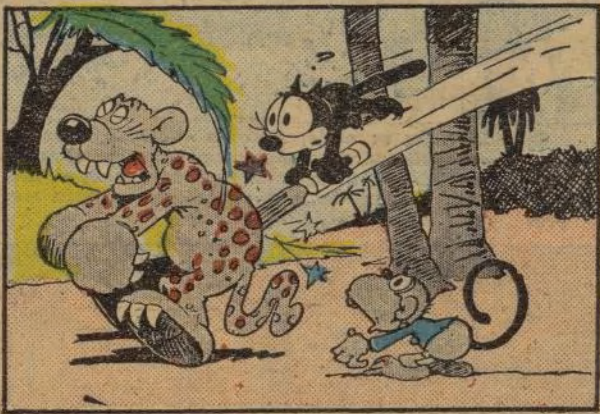
En el prado crecía una gigantesca vid, y Félix gateó por ella, pensando atisbar qué era lo que había por aquellos contornos, y, sin darse cuenta, tanto y tanto trepó, que vino a dar junto a la ventana de un castillo, donde se desayunaba un gigante espantoso.



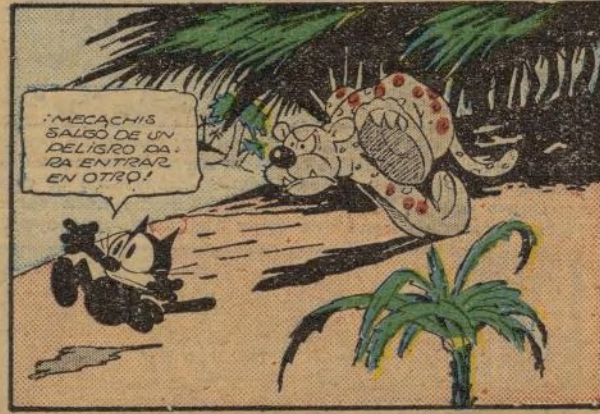
El gigante debía de tener un genio como para invitarle al "cine" a ver un programa de dibujos sonoros; lo cierto es que, así que atisbó al gato con uno de sus enormes ojos, que parecía un tranvía, le lanzó un tenedor con ánimo de hacerle fosfatina.



Pero Félix no era un gato vulgar de esos a los que se ensarta por un quitame allá ese hueso de perdiz; así es que, haciendo un quiebro elegantísimo, dejó vía libre al tenedor, y, además, se agarró a su mango, volando en alas del trinchante.



"Ya concluirán los peligros"—pensó. Pero, sí, si; que si quieres arroz, doña Elvira; el tenedor vino a clavar-se en la esfera armilar de un hermoso tigre que estaba haciendo gimnasia para conservar la línea y presentarse a un concurso de belleza.



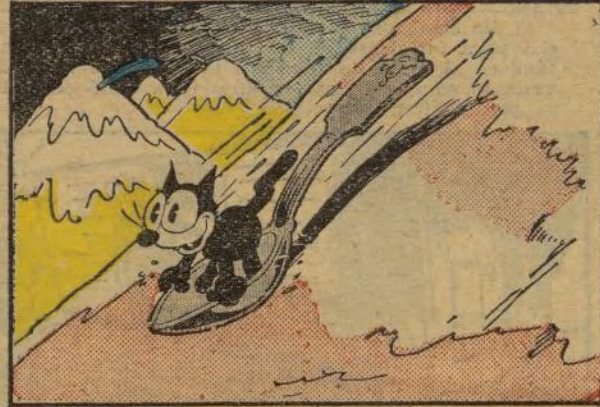
El tigre, a quien el tenedor había hecho un siete y medio en el traje, lanzó un rugido que, si lo da en la Castellana, para la circulación, y arreó tras del gato, con ánimo de cogerle y zurcirse el roto con una de las felinas orejas.



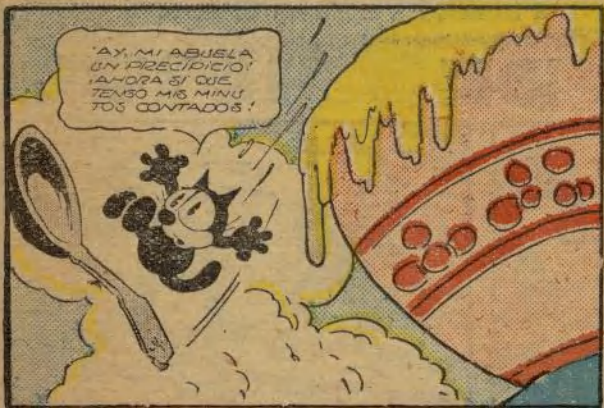
Era poco enemigo un tigre gimnasta para Félix. El necesitaba para alcanzarle todo un parque móvil. Pronto dejó atrás al tigre; pero como el gatito era muy prudente, siguió corriendo y corriendo hasta llegar a unas montañas de blanda nieve.



Aquella nieve se pegaba a la patitas y rezumaba. Félix iba ya con mucha escama, cuando de pronto, al llegar a la cima de una de aquellas heladas montañas, comprobó admirado que eran montañas de mantecado para servir de postre al gigante.



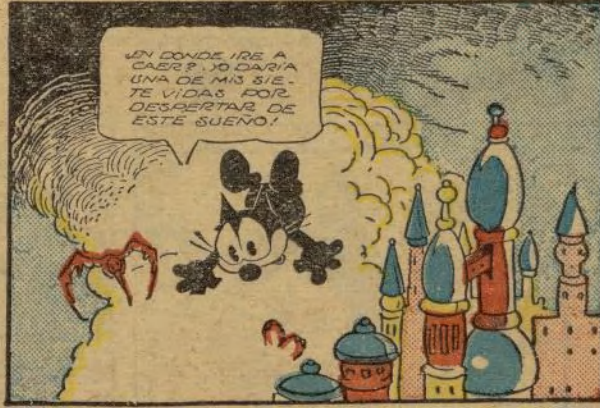
Lo primero que hizo Félix fué ponerse a lamer una de aquellas montañas hasta que se comió un repecho; luego, atrevido como siempre, convirtió la cuchara en un trineo y se deslizó por la dulce pendiente a una velocidad de fin de etapa en la policlínica.



Y, en efecto, la cuchara entró de pronto en barrena, y el gato aventurero notó que el suelo fallaba bajo sus pies y que ahora caía mucho más de prisa. "Ay, Dios mío, y en qué berenjenal me he colado"—pensó muy triste.



Y siguió cayendo y cayendo cada vez más de prisa. ¿Dónde terminaría aquel insondable y horroroso precipicio? "Si salgo bien de ésta—murmuró—prometo comprarme unas zapatillas y una pipa y no volver a moverme de la chimenea."



Y como siguiera cayendo sin cesar, gritó fuertemente: "¡Quiero despertar de este mal sueño! ¡Quiero despertar...!" Y ya no pudo ni decir esta boca es de mi exclusiva propiedad; un humo atroz le hacía toser y un calor de horno le tostaba.

(Continuará)